

nos el uno al otro qué nos tendría reservado el mañana.

—Eso no es cierto, Mauro. Tú entonces me preguntaste qué sería de nosotros «después». Y yo te contesté: «Nada». Y te prometí que cualesquiera que fuesen las consecuencias de nuestro amor, tú las ignorarías. Y en vez de eso...

La primera nieve del invierno caía lenta, formando contra el rectángulo de la ventana como el vago tejido de un velo. Mélitta se puso en pie, levantó una cortinilla. La dejó caer. Los peces chinos se movían como a compás; tamborileando con las uñas sobre el cristal del acuario, Mélitta los asustó. Encendió un cigarrillo, y lanzando al techo una bocanada de humo azulado que se retorció en espirales, volvió a sentarse junto al amante.

—¿Tú crees—y le cogió las dos manos—que he sido yo la que te he echado encima la furia de toda esa gente?

—No—respondió él sin convicción.—Pero no me explico quién ha podido divulgar un secreto tan hermético y tan nuestro.

Primero débiles y después más fuertes, llegaron las musicales femeninas notas de una marcha fúnebre. Por el rectángulo de la ventana pasaba todo lo sobresaliente del cortejo: una cruz, el cocheró con tricorno y peluca blanca, los cuatro hachones encendidos, y el semicírculo de una corona de violetas. Y en seguida un coche con flores. Cuando llegaron ante la ventana, la banda atacó una marcha fúnebre, formada de preguntas y respuestas entre un bombardino consolador y una flauta inconsolable, exasperada por la duda filosófica del bajo en fa, y por las categóricas afirmaciones del tambor materialista.

—¿Quién es ese necio que se hace enterrar con tanto ruido?—preguntó Mélitta.

La música calló. Las voces de los curas volvieron a cantar, deslenguándose.

Mauro entonces la miró al rostro, buscando la verdad en el fondo azul mineral de sus grandes iris.

—¿Miras a ver si lloro? No. Yo no creo que las situaciones se resuelvan exprimiendo dos o tres gotas de agua salada de los conductos lacrimales.

—¿Y es cierto que te querías matar?

—¿Quién ha inventado eso? ¿Mi tía? Pero ¿han sido capaces aún de ponerme en ridículo? ¿Lo has creído?

—No.

En su rostro se veían señales de clara inteligencia: la única fuerza que puede quizás matar el dolor.

La niña callaba. Pero la emoción levantaba y deprimía su pecho, con ese tenue movimiento oscilatorio que tiene en los relojes el palpitante resorte del volante. Aun cuando el amor había impreso en su rostro señales de mujer, conservaba la pureza de la muchacha, como ciertas mujeres continúan siendo honestas aunque se hayan vendido una vez, y como ciertas naciones continúan siendo grandes, aunque una vez hayan sido derrotadas.

—¿Y bien?

—No hay más que una sola persona capaz de salvarnos. Mi hermano Sándor, al que conociste en la montaña. Es médico, hombre acostumbrado a mirar las cosas desde lo alto de sus dos mil quinientos metros, sobre el nivel de las pequeñas bellaquerías, de las sordideces, de los cretinismos. Sin embargo, no es fácil hacer llegar una carta hasta allá arriba. A estas horas hay ya dos metros de nieve, y de la oficina postal más próxima no sale nadie para allí.

—¿Y el teléfono sin hilos?—propuso Mauro.

—No habíamos pensado. Pero ¿cómo telefonarle sin advertir la procedencia? Para recoger las comunicaciones tiene que regular su aparato con arreglo a la amplitud de onda que se le señale. Sin esto no hay comunicación posible entre el trasmisor y el receptor.

Calló. Puso entre sus labios una cruz rusa de

doble brazo, que le caía del cuello colgando de una cinta de terciopelo, y se quedó pensativa.

—¡Ya está!—y la cruz se le cayó de los labios.— Cada día recibe conciertos de París, y noticias de política exterior desde Londres; basta conocer la amplitud de onda de esas transmisiones; a la misma hora, y con la misma onda, trasmito yo desde un aparato cualquiera.

—La idea es excelente, pero tú sabes que podemos usar un aparato receptor, pero que nos está prohibido el transmisor.

—Por lo mismo que la ley lo prohíbe, es seguro que alguno lo emplea.

\*  
\* \*

Das horas después, Mélitta se presentaba en el laboratorio de un desconfiado profesor del Politécnico, y le exponía los ocho incisivos y los cuatro colmillos luminosos de su honesta sonrisa. La gracia perfumada de su juventud cascabeleante pasó frívola y ligera por entre el nudo de hilos, el misterio de las ruedas, la solemnidad de las máquinas electrodinámicas, los galvanómetros meticulosos y las probetas llenas de líquidos amarillos.

Y después de una breve conversación...

\*  
\* \*

...todos los amantes de la telefonía sin hilos, abonados a los conciertos de París y a las noticias políticas de Londres, oían estas palabras:

«Sándor Virgili, soy tu hermana Iluska, y te ruego que vengas en seguida. No es nada grave, pero te necesito. Tú no puedes contestarme, pero estoy segura de que me has oído, y vendrás. Te espero.»

Y Sándor, en su pequeña casa, aislada como un faro

en un océano de nieve, estaba tendido sobre una especie de diván, con una pipa entre los dientes, y la rizada cabeza del perro entre las manos, escuchando con indiferencia las noticias arrojadas en el aposento por la negra boca metálico-parlante: la cotización de los algodones en el Havre, Liverpool y Alejandría, el cierre de la Bolsa en París, cambios, valores, precios de los granos, azúcar, café y metales, informaciones parlamentarias, esperando el principio de los conciertos anunciados la víspera. La señora Fanny Heldy, de la Opera, había cantado «*C'était une vieille chanson d'amour*» (1), de los *Cuentos de Hoffman*. Debía de ser emocionante, para un hombre aislado en el espacio, oír allá arriba el canto de la actriz parisién, *sportswoman* (2), triunfadora, como soprano, en el teatro real, y como jockey sobre la pista de los hipódromos.

El criado estaba preparándole a Sándor el café.

Del aparato salió de pronto una voz de mujer que pronunciaba claramente su nombre:

—¡Sándor Virgili!

Y continuaba:

—Soy tu hermana Iluska...

Sándor contuvo la respiración, e inmovilizó las mandíbulas de Párika, que en un imprevisto sobresalto de sorpresa, se había puesto a ladrar.

Terminada la última palabra, empezaron nuevos acordes de piano.

—¡Cierra!—ordenó al criado, señalando el aparato. Y se acercó a la ventana. Las montañas y el cielo eran una soledad blanquísima, sin relieve, sin vida.

—Mañana bajamos. ¿Me acompañarás hasta el fondo del valle?

Y se sentó, junto a la ventana, pensativo.

Párika le puso el hocico en la mano, y medio cerró los ojos, como para volverse más ligera.

(1) Erase una vieja canción de amor...

(2) Deportista.

\*  
\* \*

Dos viajeros y un perro bajaron por las brillantes pendientes, levantando de aquí y de allá puñados de hielo pulverizado. Cuando se hallaron junto al primer campanario, uno de los dos se acercó al grupo de casas semienterradas en la nieve, y el otro, con el perro, siguió caminando.

El telegrama dirigido a Mélitta había producido cierta alarma en la casa. La tía entró en su cuarto, con intención de leerlo. Pero, después, se limitó a preguntar:

—¿Era para ti ese telegrama?

Ella contestó, poniéndose una media:

—¿Venía dirigido a mi?

—Sí.

—Pues entonces no era más que para mí.

—¿Y no se puede saber de dónde viene?

—Claro que se puede—dijo poniéndose la liga.—

Como que yo lo sé.

—¿Y ahora sales?

—Salgo.

—¿A dónde?

—Fuera.

—¿Y si yo te digo que no salgas?

—Saldré lo mismo.

—¿Y si te lo prohibo?

—No me hagas reír, tía.

—Reirá bien quien ría el último.

—Los proverbios son la riqueza de los pobres de espíritu, tía.

—Los proverbios son la sabiduría popular.

—Y la ignorancia individual.

—¿Quieres que te dé un consejo?

—Dame un cepillo.

—¿Y si cierro la puerta?

—Será tonto que lo hagas después de haber salido.

Mélitta se puso el abrigo, y se abrochó bajando la escalera. En la sala de espera de la estación acabó de arreglarse la cara en un espejito convexo.

¡Sándor y la perra!

Mélitta se echó en brazos del hermano, y quedó inmóvil en el abrazo, hasta que el íntegro empleado encargado de recoger los billetes, les rogó burocráticamente que dejaran libre el paso.

La llegada de Sándor asombró a toda la familia. Cecilio, irreprochable con su corbata azul celeste, observó con un sentimiento de educado desprecio que aquel hombre joven, pero ya vivido, durante las presentaciones de ritual no se sacó las manos de los bolsillos del pantalón, ni pronunció ninguna de las manidas frases propias del caso. Magnífico tipo de pensador misántropo, de rostro encuadrado por el negro cabello y la barba en desorden, dominaba a todos con su mirada de hombre justo. Las vueltas blancas de la camisa le caían sobre las solapas de pana, desnudándole el cuello; y un cinturón de cuero lo ataba por la mitad, a la manera rusa.

—¿No está nuestro padre?—preguntó.—¿Cuándo vuelvé?

Donatella no podía explicarse la inopinada llegada del barbudo hermanastro, casi desconocido; el subteniente veterinario y don Cecilio trataron de preguntar a Mélitta, pero la niña no respondió. La tía, presa de esa inquietud que sienten los ignorantes y los animales ante los grandes acontecimientos, sin explicárselos, hubiera querido reprochar a Sándor su imprevista llegada, pero se conformó con preguntarle por qué había traído consigo «aquel animalucho».

—Aunque esta perra no está inscrita en el Kennel Club, ha hecho la guerra conmigo.

—Me mancha el vestido con sus patas.

—Las patas que han pisado el fango de las trincheras tienen derecho a andar por las alfombras de los reyes y por los mosaicos de las catedrales.

La tía no refutó. Don Cecilio, Donatella, el subteniente veterinario le miraron como se mira a un loco político.

—¡Pido permiso a esta preciosa concurrencia!— declamó don Cecilio—y me ausento.

—Un instante—le entretuvo Sándor.—Tengo que decirle dos palabras.

—¿En secreto?

—En público.

Cecilio bajó los ojos ante aquella mirada dura. Después intentó quitársela con valor:

—Mi querido señor, perdóneme usted, pero me está mirando por detrás y por delante, al trasluz, como si fuera un billete de banco.

—Y, en efecto, me está pareciendo un billete falso.

El otro no contestó.

—Pero, Sándor...—balbuceó la tía.

—Te ruego, tía, que no te pongas entre nosotros dos.

—La señora aconseja bien—protestó don Cecilio.

—Y yo le aconsejo a usted—contestó Sándor, completamente tranquilo, que no se preocupe más de mi hermana Iluska, si no quiere ser reexpedido a su tierra en una doble caja de cinc.

El salvaje se retiró con dignidad, seguido por la temblorosa Donatella, y cuando estuvo bien seguro de hallarse fuera del campo auditivo de Sándor, masculló:

—¿De dónde habrá salido ese loco? Pantalón de pana, cuello desnudo, sin corbata, botas claveteadas, me recuerda a los carabineros que se disfrazaban antes de capuchinos para coger a los contrabandistas.

—Tengo que hablarte—dijo el subteniente veterinario a Sándor.

—Te oiré con gusto, pero aquí no. Acompáñame a mi hotel.

—¿No te quedas?—preguntó la tía, mientras el veterinario se ataba el correa a la cintura.

—Gracias. Volveré luego. Tengo que ver a nues-

tro padre. Y tú, Iluska, ven también a mi hotel dentro de dos horas.

La perra bajó la escalera ladrando, animada por el chocar de la espada invencible del veterinario y por el ruido de los clavos de Sándor sobre el mármol.

—Es preciso primero que te informes—empezó Bernardo, apenas estuvieron en la calle.

—Estoy perfectamente al corriente de todo—interrumpió Sándor.—Iluska me ha hablado de sus relaciones, del espionaje de ese hombre estúpido que os habéis metido en casa.

—¿Que nos hemos metido? Yo faltó de casa desde hace seis años.

—Pues que se han metido. Pero todos, incluso tú, os habéis servido de su espionaje para encadenar a Iluska con vuestra desgraciada superioridad.

—Tú no sabes de qué naturaleza son las relaciones entre Iluska y ese quidam.

—Son amantes. Muy natural. ¿Vas a imponerles abstinencia total? ¿Por qué?

—Sigamos andando—simplificó el pobre zooatra fulminando con una mirada a un sargento que le había hecho un saludo poco cumplido.

—Sé también que has enviado los padrinos al amante de Iluska, pero que los has retirado en cuanto el otro aceptó el duelo.

—No es cierto.

—Es cierto porque me lo ha dicho Iluska.

Se calló. La perra volvió dos pasos atrás. Sándor fijó su mirada en el rostro de su hermano, y continuó:

—¿De qué te han servido cuatro años de universidad? ¿Has estudiado las grandes leyes que gobiernan el mundo físico; has estado en contacto con el dolor; has escudriñado los misterios de la vida y de la muerte; has conocido los fenómenos eternos; y ahora te hallo haciendo necias declaraciones de mosqueterismo de melodrama! Tú sabes cuánto admiro y quiero yo a los químicos, a los físicos, a los naturalistas, a los médicos, a los veterinarios, por-